

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
¡Pobre dr. Freud!

Autor/es:
Nuño, Ana

Citar como:
Nuño, A. (1998). ¡Pobre dr. Freud!. La madriguera. (9):71-71.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41685>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



¡Pobre Dr. Freud! ¡Pobre Dr. Freud!

Perversiones de mujer

Susan Streitfeld

Female Perversions, EEUU, 1995

Aún está por escribirse la historia de las secuelas del reaganismo. No la crónica más o menos crítica de la política impuesta desde la Casa Blanca por un ex-actor de películas de serie B durante sus dos mandatos presidenciales. Eso ya se ha hecho, y desde numerosas tribunas. De lo que todavía carecemos es de una visión de conjunto de las modificaciones profundas en el comportamiento, el modo de vida y la ideología de la mayoría de los ciudadanos estadounidenses que produjo esa política. Y no me refiero sólo a la proliferación simultánea y desquiciada del *yupismo*, los *homeless* y las vaporosas modas *new age*. Uno de los fenómenos más poderosos y populares de los años noventa en EE.UU., y sin duda un avatar de las obsesiones puritanas de la "moral majority" que aupó a Reagan en los ochenta, es el llamado de la "corrección política". Eufemismo que designa el uso generalizado de eufemismos en el lenguaje -"afroamericano" por negro, "americano autóctono" por indio, "sexismo" por machismo, "con problemas de estatura" por enano, "visualmente deficiente" por ciego, y un largo, absurdo e "involuntariamente jocoso" (¿por?) etcétera-, pero asimismo la histórica caza de brujas a la que se expone quien cometa alguno de estos pecados de adulto: fumar, enfermar, envejecer, desear a la mujer del prójimo o al hombre de la vecina, contar chistes verdes y cualquier otra de esas actividades que nos permiten sobrellevar el tedio existencial o vislumbrar su final.

Magnífico ejemplo de aquéllas es el título del primer largometraje de Susan Streitfeld, cofundadora de la compañía teatral Hothou-

se. Presentado en competición en el Festival de Sundance de 1996, a *Perversiones de mujer* le va grande el nombre, y el esforzado espectador no tiene más remedio que pensar, tras haber asistido atónito durante 108 minutos a un somnífero desfile de lugares comunes y situaciones trilladas, que "perversiones" es, en este caso, la palabra taparrabo de "fantasía" o "fantasma". Las feministas más *enragées* del otro lado del Atlántico -y lo es Louise Kaplan, autora del mejorado *Perversiones femeninas*. *Las tentaciones de Emma Bovary* en el que se han basado Julie Hebert y la directora para cocinar el guión- utilizan alegremente lo uno y lo otro, sin importarles mucho la coherencia, y menos aún el sentido de las palabras.

Érase una vez, cuenta Streitfeld, una exitosa abogada a punto de ser nombrada juez o jueza en Los Ángeles. Por desgracia para este símbolo de mujer-luchadora-que-triunfa-en-su-carriera, las neurosis existen, no sabemos muy bien si por culpa del orden-patriarcal-que-impera-en-nuestras-sociedades-occidentales o sólo desde que las bautizara el Dr. Freud. Como en un silogismo, de estas dos proposiciones se deduce implacablemente otra: la-mujer-luchadora-etc. ha de enfrentarse con sus fantasmas o fantasías (las "perversiones" del título) y morir en el intento o triunfar airosa. Como esto ocurre en la tierra bendita de las



oportunidades, todo acaba bien.

Pero lo del final es lo de menos; quien quiera finales tristes, es decir reales, que no se asome al cine americano. Entre tanto, se habrá tenido dónde escoger copiosamente: compensación de las frustraciones por el sexo (incluido el sáfico, pues es "políticamente correcto" contar con una audiencia en esos predios); relaciones difíciles con una hermana, para más señas cleptómana, es decir, también neurótica, lo que no se priva de hacernos saber en una atinada intervención, con definición de neurosis incluida, la propia víctima de lo que para Freud era la condición más frecuente de la especie humana civilizada; y hasta una recreación de la "escena primitiva", la *Urszene* freudiana, que la directora va insertando fragmentariamente en la narración hasta revelárnosla entera en lo que, sin duda para ella y sólo para ella, constituye el climax de esta balsa de aceite en forma de película.

Dejo de último lo mejor. La secuencia inicial, que acompaña el desfile de los créditos, es exactamente lo que parece: una representación de figuras simbólicas, filmada en un estilo tan *pompier* que por momentos supera el kitsch más desatado del finado Derek Jarman (con quien se formó la actriz británica Tilda Swinton, que encarna aquí a Eve Stephens, la abogada-protagonista). Pero también se nos revelará, a lo largo de la narración, qué es el sueño recurrente de Eve, en el que aparecen un rey (el padre), una reina (la madre), una joven semidesnuda y maniataada (Eve asaltada por sus deseos y temores reprimidos), una cuerda floja sobre la que ésta avanza temerosa (el superego, el miedo de no triunfar), una anciana obesa y desnuda (la vejez anunciadora de la muerte, y también la arquetípica Mujer). El espectador lo ha habrá comprendido: a través de una historia banal, llena de ruido y clichés, le han mostrado, nada más y nada menos que el funcionamiento del inconsciente en el sueño. ¡Pobre Dr. Freud! Si hubiese sabido lo fácil que es...

Ana Nuño